RAT KING

*Erick De Kerpel**

—¿Tú sabías que las ratas se ríen? —me preguntó con los ojos muy abiertos. Inmediatamente sentí un escalofrío recorrer mi espalda que me hizo desviar la mirada al techo.

—No, no tenía idea. Pero, ¿de dónde sacas eso? —Escupió el chicle que traía en la boca por lo que tuve que levantarlo del piso para tirarlo en el cesto de basura.

—No lo inventé yo. Lo descubrió un científico. —Se quedó mirándome fijamente esperando alguna reacción, pero yo solo podía pensar en algún pretexto para escapar de ahí.

—Es increíble, ¿no? Son seres que han salido adelante escondidos en hoyos, en coladeras repletas de mierda, que llevan enfermedades por el mundo como si fueran las encargadas de evangelizar a todos con una religión mortal y aún así se ríen. Seguro se ríen porque saben que al final de cuentas ellas van a ganar.

—¿Qué cosa van a ganar?

—Cuando el mundo se acabe lo único que va a quedar son ratas.

Conocí a Clara nueve años atrás, cuando asistí a un campamento interescolar cerca de Cuernavaca. Ella tenía quince, yo dieciséis. Ese día me tocó hacerla de portero en un partido contra el Oxford. Por lo regular me tocaba hacerla de portero. Más por mi estatura y mi inhabilidad

* Director General Creativo de una agencia de publicidad, un medio que siempre lo ha mantenido cerca de la creación literaria. A principios del 2015 publicó *Bungalow 77*, novela editada con el sello de Suma de Letras, del grupo editorial Penguin Random House. Twitter: @edekerpel

para anotar goles que porque tuviera talento para ello. De una jugada se desprendió un potente tiro que pasó rasante encima del travesaño. Aliviado por no ver sucumbir mis redes, corrí a toda velocidad a recuperar el balón. Atrás de unos arbustos la vi por primera vez. Sola, arrojando piedras hacia el interior de un pequeño lago. No se percató de mi presencia, por lo que la pude observar como se observa a un animal salvaje. No es que hubiera observado a muchos animales en su hábitat, pero imaginé que la escena debía ser bastante similar: seres frágiles, vulnerables, completamente distraídos y expuestos a que otro animal con menor capacidad contemplativa que la mía les lanzara sin ningún aviso una potente mordida al cuello. Traté de no moverme, de no respirar, quería guardar ese instante solo para mí. Sus piernas delgadas parecían colgar de una falda de color anaranjado, tal vez demasiado vaporosa ya que se alcanzaba a distinguir su entrepierna cada que su cadera giraba para alinearse accidentalmente con un rayo de sol. Llevaba el cabello muy corto, algo parecido a como lo traía yo, aunque sin duda ella lo llevaba con más gracia. Por momentos me pareció estar observando a una niña, en otros parecía toda una mujer.

—Hola —solté finalmente, esperando no asustarla. Giró lentamente su cabeza hacia mí, dejó caer al suelo unas pocas piedras y respondió con voz suave.

—Hola, tú. —En ese instante me di cuenta de que todo el tiempo supo que estuve mirándola, por lo que me avergoncé un poco y no pude evitar sonrojarme.

—Soy Benjamín. ¿Y tú?

—Yo me llamo Clara.

—Hola, Clara. Adiós.

Apreté el balón con fuerza contra mi pecho y salí corriendo de regreso al partido. Tres goles me anotaron después de eso. No podía dejar de pensar en sus ojos negros, enmarcados por escasísimas pestañas. La verdad es que no era muy bonita, pero tenía algo que me produjo una fascinación que no había experimentado nunca antes.

Nos volvimos a encontrar a la mañana siguiente en el comedor. De hecho fue ella quien me encontró a mí. Se sentó con su charola a mi

lado como si fuera la cosa más normal del mundo. Parecían no importarle los convencionalismos sociales que rigen durante los primeros años de la secundaria. Al instante sentí las miradas burlonas de cuatro colegios privados venir hacia mí. A ella pareció no importarle, pero yo no tuve más remedio que ignorar su presencia concentrándome en mis Zucaritas con leche. Apenas de reojo, pude ver que traía el cabello húmedo y que usaba un suéter de mangas muy largas que solo dejaban asomar la punta de sus finos dedos.

Antes de levantarme para entregar la charola, me armé de valor para soltar una pregunta que estuve maquinando en mi cabeza durante todo ese tiempo: “¿Nos vemos en los naranjos?”. La dije como si fuera un enamorado dejando escapar un suspiro que le provoca un amor imposible. Clara me miró, inclinó la cabeza y asintió suavemente.

Llegué solo al huerto de naranjos y la esperé sentado en la barda que delimitaba la propiedad; no encontré un lugar más recóndito. Al cabo de unos pocos minutos la vi venir a lo lejos. Por su andar suave, parecía venir flotando en medio del largo pasillo de árboles que apenas comenzaban a florear e inundaban el lugar de un aroma dulzón. Sin decir media palabra me levanté para comenzar a caminar a su lado. Anduvimos un rato en silencio; yo tratando de encontrar alguna frase que me hiciera ver interesante, ella haciendo un esfuerzo por controlar las incipientes voces de su cabeza.

—Así que eres del Olinca —solté finalmente.

—Sí. Tú del Inhumyc, ¿verdad?

—Sí. Ya llevo cuatro años ahí. Antes estaba en el México, cuando vivíamos cerca de Acoxta, pero luego nos cambiamos de casa y me tuvieron que pasar al Inhumyc. Aunque a mí me hubiera gustado entrar al Olinca. —Ella iba con la mirada clavada al piso, como si tuviera mucho cuidado de no caer, pero desgraciadamente esa caída iba a ser inevitable.

Se detuvo en seco, me tomó de las manos y dijo:

—Me gustas. —Me quedé helado mirándola por primera vez de cerca, frente a frente. Su piel era muy blanca y tenía el rostro cubierto de pecas, lo que sumado a su cabello corto le daba un aire travieso, como si fuera un personaje sacado de una novela de Mark Twain. No supe qué

decir, simplemente tragué saliva y apreté la quijada como para intentar revertir la sangre que ya había cambiado mi rostro de color.

Antes de que mis manos se empaparan de sudor y ella se diera cuenta de mi escaso autocontrol la solté dando un paso hacia atrás. Al instante comenzó a abrir y cerrar los ojos repetidamente y a toda velocidad.

—¡Nos están siguiendo! —gritó de repente muy asustada para luego frotarse el rostro con ambas manos. Parecía desesperada, como tratando de matar a algún bicho invisible. Alarmado, volteé en todas direcciones esperando encontrar un enjambre venir hacia nosotros. No había ningún enjambre y por primera vez me hizo sentir mucho miedo.

—Dicen que tienen un rey. Que adentro de los nidos los súbditos forman un nudo con sus colas para hacer un círculo que sirve de podio y así el monarca no tenga que tocar el suelo con sus santas patas.

—¿De dónde sacas esas cosas, Clara?

—No sé, lo leí en alguna parte y te juro que es verdad. Lo más impresionante es que una vez que hacen el nudo ya nunca se pueden soltar. Imagínate, grupos de quince o veinte ratas atrapadas unas con otras, sin poder ir a ninguna parte. Se supone que conforme pasan los días comienzan a sufrir a causa de la sed y el hambre por lo que las más fuertes se comen a las más débiles hasta que finalmente todas mueren, unidas para siempre.

Caminé hacia la ventana deseando tomar aire y, aunque sabía que era inútil intentar abrirla, tal vez mirar hacia el exterior me ayudaría a despejarme un poco. Había un accidente sobre Insurgentes. Parecía que habían atropellado a alguien porque un par de camilleros subían a un infeliz al interior de una ambulancia mientras que el caos vial crecía por segundos. La gente que se iba uniendo al atorón tocaba desesperadamente la bocina de sus autos sin imaginar que unos metros más adelante el destino había alcanzado a un pobre conductor y a un pobre atropellado. Pensé que dentro de todo tenía mucha suerte de estar en ese cuarto.

Algunos meses después del campamento en Cuernavaca comencé a verla con frecuencia. Vivía en una unidad habitacional que estaba bastante cerca de mi casa, a unos treinta minutos caminando. Algunas veces

hacíamos la tarea juntos, otras simplemente nos tirábamos a ver la televisión en su cuarto por horas, hasta que Andrea, su madre, me decía que ya era hora de irme a casa.

En un principio no estaba muy seguro de mis sentimientos hacia Clara. Me gustaba mucho, pero algún tipo de prejuicio social me orilló a evitar a toda costa convertir lo nuestro en una relación amorosa. Creo que a ella le sucedió igual. Nunca me vio como otra cosa que no fuera un buen amigo. Sin embargo, tenía una personalidad que me fascinaba, que me hacía querer estar siempre a su lado. Aunque generalmente era muy dispersa a causa de las medicinas, había momentos en que nos conectábamos poderosamente y durante los cuales nos volvíamos capaces de componer el mundo. Poco a poco y sin darme cuenta cómo, convertí sus problemas en los míos y asumí una responsabilidad que no me correspondía.

Pasó dos años bastante estable, en los cuales tuvimos todo tipo de conversaciones, pleitos, idas al cine y hasta simples caminatas por su colonia. Andrea siempre me decía que mi compañía la había ayudado mucho a mejorar.

Un día que llegué a su casa me recibió con el brasier puesto por encima de su uniforme de la escuela. Traía unos calcetines rosas con figuritas de Mickey Mouse y unos zapatos de tacón alto que seguramente pertenecían a su madre. Intenté no darle importancia, por lo que me introduje directamente a su cuarto para tirarme sobre el sillón, como hacía siempre al llegar. Ella tomó un lápiz labial que estaba encima de su escritorio y se comenzó a pintar burdamente la boca de color rojo. Luego me miró con una pequeña sonrisa.

—¿Por qué estás tan callado?

—Yo siempre estoy callado.

—Es cierto. ¿Quieres revolcarte un rato?

—No. Por supuesto que no quiero, Clara. No te has tomado tu medicina, ¿verdad?

—¿No me veo sexy?

—Carajo. ¿Hace cuánto que no te la tomas?

Abrió el cajón de su escritorio, sacó un lapicero y comenzó a clavárselo con fuerza en la palma de la mano mientras decía monótonamente:

—¿Por qué nunca quieres coger conmigo? ¿Por qué nunca quieres coger conmigo? ¿Por qué nunca quieres coger conmigo?

No tuve más remedio que contener mi terror; me levanté de un brinco, le sujeté la mano con la que sostenía el lapicero y se la comencé a torcer para que lo soltara. Era increíble la fuerza que tenía a pesar de ser tan delgadita. En el instante en que el lapicero cayó a la alfombra ella comenzó a gritar. La abracé con fuerza pero eso solo hizo que sus gritos se hicieran más intensos.

Después de que la ambulancia hubo salido a toda velocidad con el atropellado, los policías se encargaron de orillar al culpable y a su camioneta para proceder con la detención y liberar el paso. Volteé a ver a Clara dispuesto a seguirle el juego.

—Hace mucho tiempo tuve un perro que cazaba ratas. Se llamaba Dogo y era un salchicha... Qué estúpido nombre, ¿no crees? —Clara me seguía con la mirada mientras yo caminaba por la habitación—. Se lo regaló mi papá a mi madre para hacerle compañía, pero el pinche perro nunca quería estar con ella. Lo único que le interesaba era pasar el día en el jardín de la privada merodeando por los agujeros que hacían las ratas. Cuando finalmente olía a alguna cerca, metía su hocico desesperado para tratar de alcanzarla. Mató varias... Las hacía pedazos. —La miré para descubrir con sorpresa que en el interior de su ojo una lágrima dudaba entre escurrirse o no—. No me hagas caso. La verdad es que era un perro bastante torpe. Murió envenenado al poco tiempo por comerse todos los cebos con veneno que pusieron los vecinos.

—Qué bueno, lo merecía... —Permaneció un rato en silencio dándole vueltas a la historia de Dogo hasta que finalmente preguntó—: ¿Tú crees que los animales tienen conciencia?

Me senté a su lado como para descansar, pero la verdad es que cuando uno se encuentra emocionalmente agotado sentarse no trae ningún descanso.

—No lo sé... Dogo mataba a las ratas por instinto, no creo que haya reflexionado sobre si estaba mal o no lo que hacía.

—No lo digo por tu perro. Te lo pregunto por las ratas. ¿Se habrán sentido felices al ver morir a tu perro envenenado? ¿Habrán sentido algún alivio al verlo sufrir con el veneno que estaba destinado para ellas?...

—No supe qué contestar, simplemente desvié la mirada otra vez hacia la ventana—. Estoy segura de que sí y deben haber reído muchísimo.

Cuando parecía que iba a seguir con el maldito tema de las ratas, una enfermera muy chaparrita se introdujo en la habitación.

—Hola linda, ¿cómo te estás portando? En un momentito te vamos a pasar a tu terapia, ¿okey? Nada más te voy a poner primero una inyeccioncita que te va a ayudar a relajar tu cuerpo durante la sesión para que así no estés toda adolorida después. —Mientras decía esto, la enfermera ya le estaba descubriendo el brazo para administrarle el medicamento.

—Tengo miedo —dijo con voz temblorosa. Tomé su mano y la apreté con fuerza. Un nudo en la garganta me hacía muy difícil poder hablar.

—No te preocupes, todo va a salir bien.

—¿Me sueltas las correas?

—No, Clara, no te puedo soltar.